

**El autobús**  
*Por Bruna Guedes*

Tomar un autobús sin auriculares es como salir del baño sin toalla: la desnudez se siente igual, como si estuvieras expuesto y vulnerable ante el mundo. Los auriculares te permiten aislarte, concentrarte en la pantalla de tu teléfono y evitar todo lo que te rodea. Mientras los pasajeros se sumergen en las redes sociales durante su viaje, las ventanas del autobús revelan otra realidad: la pobreza de la gran ciudad.

Sin embargo, una tarde cualquiera del verano de 2024 en Seattle, un olor invadió el autobús, imposible de ignorar, incluso para los pasajeros más distraídos en sus teléfonos. Poco a poco, todos comenzaron a moverse hacia el fondo, donde el hedor era menos intenso. Intenté subir el volumen de mis auriculares, como si el sonido pudiera ahogar la peste. Pero no había forma de escapar: el aire era asfixiante, como si el autobús llevara algo inmundo en su interior.

Desesperada por entender qué estaba ocurriendo, me quité los auriculares y comencé a intercambiar miradas de confusión con otros pasajeros. Fue entonces cuando notamos a un hombre solitario sentado cerca del conductor. Minutos antes, esos asientos estaban llenos, pero ahora la gente prefería quedarse de pie antes que permanecer cerca de él. Un murmullo de impaciencia recorrió el autobús, todos deseaban llegar a su destino lo más rápido posible. Los más afortunados bajaron en la siguiente parada, buscando otro autobús que no apestara.

No estaba claro si el conductor había intentado resolver la situación, pero pronto la policía de tránsito subió al autobús. Se acercaron al hombre sentado y le preguntaron si era él quien olía mal. Con un 'no' firme, respondió alguien que, a juzgar por su aspecto, no recordaba la última vez que había tomado un baño. Su negativa encendió la indignación entre los pasajeros,

quienes ahora lo señalaban sin reparos, como si el hombre fuera un paria en un mundo que se negaba a aceptarlo.

La policía, sin autoridad para obligarlo a bajar, solo podía pedirle que lo hiciera. ¡Sin éxito! En respuesta al malestar general, una mujer comenzó a rociar perfume en un intento desesperado de tapan el hedor. El resto de nosotros se cubría las narices con sus camisetas. Miré al hombre que permanecía quieto, mirando al vacío, como si la escena no fuera con él. Era uno de los muchos sin techo que vagaban por la ciudad, invisible hasta el olor. No solo era el mal olor lo que incomodaba, sino la cercanía a una realidad que nadie quería enfrentar.